

RETÓRICA POLÍTICA Y DISCURSO TOTALITARIO: PROPUESTAS PARA UNA DISQUISICIÓN

Juan Acerbi
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

¿Hay algo en la historia que no sea el elogio a Roma?
Petrarca

Introducción: un origen común

El presente trabajo tiene como objetivo mostrar cómo los recursos discursivos, propagandísticos y psicológicos, típicamente atribuidos a los regímenes totalitarios no son privativos de éstos sino, más bien, que son propios de toda forma de discurso político.

Esto último pretende establecer una discusión que tiene poca presencia en los estudios contemporáneos; lo vago de la especificidad del discurso político autoritario respecto de las otras formas de discurso político. En consonancia con la pregunta ¿qué es, específicamente, el populismo? realizada por Ernesto Laclau, entendemos que es meritoria la pregunta que interroga sobre ¿qué elementos o características hacen al discurso autoritario? Poseemos la firme convicción de que el estudio que busque tal respuesta debe partir desde un enfoque multidisciplinario ya que los fenómenos abordados condensan una variedad de recursos que son propios de distintos campos del conocimiento. Así, retórica, psicología, marketing, historia, religión, sociología, arquitectura y publicidad han sido algunos de los elementos que conformaron la compleja amalgama ideológica bajo la cual se sirvieron los totalitarismos del pasado siglo.

Es por todo esto que, a nuestro entender, resulta por demás interesante el abordaje que desde los estudios de Theodor Adorno se puede efectuar de la temática ya que él mismo realiza estudios y análisis desde una perspectiva interdisciplinaria (fundamentalmente desde la psicología, la historia, el análisis de la oratoria y la publicidad) y, al mismo tiempo, su lucidez le hace dejar planteada la necesidad de ir más allá de lo hecho hasta ese momento en la materia.

Retomando así los trabajos del pensador alemán, es que nos planteamos abordar las características del discurso, la personalidad y la propaganda autoritaria que el pensador de la Escuela de Frankfurt señala en sus trabajos sobre la temática y mostrar cómo dichas características se encuentran presentes en otro personaje político. Para llevar a cabo la comparación era necesario que dicho personaje perteneciese a una ideología política diferente del nazismo o el fascismo al tiempo que era fundamental que existiesen registros de sus discursos para que se puedan aplicar las mismas variables de análisis que las utilizadas por Adorno.

El nombre del orador en cuestión surgió a partir de rastrear los fundamentos sobre los que se forjó la construcción ideológica del nazismo y el fascismo. Así encontramos lo que podríamos llamar *un origen común* entre ambos: el mundo clásico, particularmente Roma. El lugar que ocupó Roma en la construcción y justificación ideológica del fascismo es central para la comprensión del fenómeno político que buscó identificarse con aquella República que dejaba lugar al Imperio. Ese momento histórico resulta central en la búsqueda de analogías históricas que permitieran validar el presente fascista. De esta manera encontramos el nombre de Marco Tulio Cicerón, figura particularmente cara a los totalitarismos aquí abordados debido a que se buscó adjudicar a la figura de Cicerón una

identidad imperial que debía ser la identidad perdida por Italia (1) en detrimento de la democracia (2). Por lo tanto, y siendo Cicerón un reconocido republicano (3), el objetivo particular de nuestro trabajo es evidenciar que los discursos brindados por Cicerón en el año 63 a. C. poseen las características propias del discurso totalitario brindadas por Adorno.

Roma, antigua señora del mundo, en nombre de nuestros muertos gloriosos
que dieron su vida para hacer posible este día maravilloso, te saludamos.

Mussolini

Oratoria ilógica y emocional

En la serie de estudios que Theodor Adorno realizó sobre la propaganda fascista, hace hincapié en la psicología y la lógica propia de este tipo de discurso político. La centralidad que el pensador de la Escuela de Frankfurt le otorga a la dimensión psicológica del discurso político se debe a que, aplicando las categorías utilizadas por Freud al estudiar la dimensión psicológica de las masas, se puede afirmar que lo estrictamente político se encuentra supeditado a la manipulación psicológica que el orador realice sobre su público. Es por ello, explica Adorno, que “cualquier idea política concreta, desempeña un papel menor comparados con los estímulos psicológicos aplicados al público” (4).

Adorno denomina *estímulos psicológicos* a los componentes lingüísticos del discurso político que, en lugar de brindar una exposición de ideas y argumentos, buscan “ganarse a la gente explotando sus mecanismos inconscientes (5). La relación entre lógica y discurso político podría plantearse como inexistente ya que se puede afirmar que el “poder magnético que sobre los hombres ejercen las ideologías, aun conociendo ya sus entresijos, se explica, más allá de toda psicología, por el derrumbe objetivamente determinado de la evidencia lógica como tal” (6). Es evidente que no es posible escindir el uso de los *estímulos psicológicos* del discurso político, sin embargo, dice Adorno que existe una supuesta distinción que caracteriza al discurso totalitario: “Las metas objetivas del fascismo son ampliamente irracionales en la medida en que contradicen los intereses materiales de gran número de aquellos a los que busca abarcar” (7).

Uno de estos estímulos, presente de manera significativa en el texto latino, es la personificación del discurso. Así, encontramos que Cicerón, mientras habla de sí mismo, se muestra como el líder excepcional que puede evitar los mayores males para todos los romanos; “en *Catilinarias*, Cicerón se encuentra por encima de las ocupaciones usuales de un cónsul situándose a sí mismo como uno de los más importantes hombres de Estado” (8).

No faltan ejemplos del líder que, hablando de la conjuración de Catilina (9), les dice a sus oyentes que “todo eso ha sido descubierto, probado y revelado a través de mí” (C. III, 3) o que “me pasé días y noches enteras adivinando y viendo cuáles eran sus manejos” (C. III, 4). No dejando el mínimo lugar a otras interpretaciones, Cicerón sentencia que él: “[ha] librado a la ciudad de las llamas, a los ciudadanos de ser degollados y a Italia de la guerra (C. III, 15)” al tiempo que explica: “porque – gracias a mi valor, a mi estrategia y a mi previsión– la república se ha librado de los mayores peligros” (C. III, 14).

La lógica de esta clase de discurso se apoya en dos principios básicos que se encuentran concatenados: por un lado, se hace uso de una oratoria personalizada que busca centrar el eje del hecho (y del discurso) en la persona del líder. Esto permite accionar un doble mecanismo: despertar en la psiquis de la masa el discurso de aquel que actúa paternalmente, protegiendo y tomando las

decisiones difíciles, en momentos de peligro inminente, a la vez que se le hace comprender al auditorio que es el líder quien se expone por todos ellos (10). Desde la retórica clásica se encuentra, como elemento central del arte de la palabra, el uso del miedo o lo que en latín posee una acepción más amplia bajo el concepto de *metus*. El *metus* apela a los sentimientos íntimos de las personas y es, lo que en un sentido general, posibilita que el discurso conmueva al oyente (11). Es notable observar el uso que realiza Cicerón en sus *Catilinarias* sobre aquellos elementos que emocionen al auditorio, de la misma manera se expresa Hitler al decir que “el conocimiento es para la masa una base tambaleante. Lo que es estable es el sentimiento, el odio” (12).

Al mismo tiempo, el líder se muestra como un ser saludable, fiable e infatigable. La importancia de esto último radica en que, en política, es fundamental el elemento que sirve de nexo entre la ideología y el individuo receptor del discurso. El nexo típico de los discursos totalitarios es el líder (13). Para alcanzar el objetivo, y lograr que los oyentes se sensibilicen y adhieran a la causa, es fundamental mostrar al líder no sólo como un ser excepcional y fiable, sino también como un hombre que tiene rasgos en común con el oyente. En efecto, la magnificencia del líder en ningún caso debe impedir que se produzca la identificación del oyente con el líder; de allí la importancia que tiene cierta modestia en el discurso político.

En las *catilinarias* la exaltación de la modestia y la abnegación parecen tan exageradas como el rasgo de la excepcionalidad del líder cuando, por ejemplo, este afirma que “a cambio de tan importantes servicios yo no voy a pedirlos [...] ninguna recompensa [...]” (C. III, 26) o cuando clama “que esa calamidad se limite a mi persona y quede alejada de todo peligro la república” (C. I, 22). Es difícil no considerar, ante este tipo de afirmaciones (que se repiten a lo largo de los cuatro discursos), la forma en la que el orador cambia el eje de los hechos situándose él en el centro de estos (o la ya nombrada personificación del discurso). Este proceder, que personifica en el líder el centro de los hechos, tiende a producir una asimilación entre la causa y el orador. De esta manera se confunden los hechos y los roles, tornando indistinta la referencia a aquello que es causa y motivo del discurso (el cuidado de la nación, los ciudadanos, la república, etc.), estableciendo una relación que el mismo líder aspira a crear, y a la que busca dar un carácter simbiótico. Este punto es fundamental para permitir lugares comunes del discurso político como la personificación de la nación o la república (14).

Asimismo, la exageración es otro aspecto respecto del cual ya nos advierte Adorno cuando nos dice que el discurso fascista utiliza una oratoria ilógica y emocional en la cual se ve al líder en “una interpretación que recuerda al teatro. [...] Gritan y lloran...” (15) delante de la audiencia. Este tipo de oratoria, en parte por las características propias del lenguaje oral, utiliza tonos afectados y exagerados que nos permiten pensar que nos encontramos frente a una obra teatral (16). Es por ello conocido el énfasis que Hitler ponía en el arte de la oratoria para persuadir a la masa: “El orador se dejará siempre llevar por la gran masa, de suerte que instintivamente hallará siempre las palabras necesarias para llegar al corazón de sus auditores actuales. [...] Si le parece que no están aún convencidos de los buenos fundamentos de sus aseveraciones, las repetirá otra vez y siempre, con nuevos ejemplos que las apoyen, él mismo expondrá las objeciones inexpressadas que siente en ellos y las refutará y cortará de un tajo, hasta que los últimos grupos de oponentes terminen por confesar, según su actitud y la expresión de sus rostros, que han capitulado ante su argumentación” (17).

El lenguaje oral no permite el análisis de lo dicho con la misma profundidad y detenimiento que el

lenguaje escrito, y menos aún cuando el discurso se articula en torno a la enunciación de ideas por la similitud que estas presentan entre sí, en lugar de estructurarse con base en una articulación lógica entre las ideas que conforman el discurso. El efecto de este tipo de discurso es que, al eludir los mecanismos propios del análisis racional (lo que tiende a suceder al utilizar ideas concatenadas por su semejanza), lleva a los oyentes a asumir la actitud de seguidores. Los *seguidores* son oyentes pasivos ya que la masa “no tiene que pensar con exactitud, sino que puede entregarse pasivamente a la corriente de palabras en las que nada” (18).

Los pasajes de las *catilinarias* que, a nuestro entender, mejor ilustran el recurso de la enunciación de un líder excepcional a la vez que humilde son aquellos en que Cicerón afirma que pudo ordenar el asesinato de Lucio Catilina (C I, 5) pero no lo hizo debido a lo que podríamos denominar la opinión pública (19) de aquella época. Esta es la muestra de autoridad y sumisión (aunque aparente, en tanto ficticia) más excelsa que puede mostrar un gobernante: aquel que tiene en sus manos el mayor poder, esto es, la potestad de disponer sobre la vida de un ciudadano, y se somete sin embargo a la voluntad general, considerando la defensa que cualquier ciudadano pueda hacer del acusado. Incluso en un caso en el que el conspirador sólo había planificado calamidades para sus conciudadanos y, si le creemos a Cicerón (20), para toda Italia. Otro fragmento iluminador es aquel en que encontramos a Cicerón al borde del paroxismo, afirmando que:

La república y la vida de todos vosotros, Quirites, vuestros bienes, vuestras fortunas, vuestras mujeres y vuestros hijos, así como la sede de este grandioso imperio –la más bella y afortunada de las ciudades– han sido salvados, en el día de hoy, de las llamas y de la espada –y casi diría que de las fauces del hado por el amor extraordinario que os tienen los dioses inmortales; y os han sido conservados y restituidos gracias a mis fatigas, a mi previsión y a los riesgos que corrí (C. III, 1).

Aquí Cicerón explica que los *quirites* han sido salvados por los dioses, pero él debió *fatigarse, vigilar y correr riesgos*. Los dioses intervinieron, pero él también debió intervenir: el poder de los dioses no fue suficiente frente al terrible *aniquilamiento devastador* que se abalanzaba sobre ellos; fue necesario que él interviniera y completara la tarea. No irónicamente debemos resaltar, de acuerdo con su afirmación, que tamaña intervención le produjo fatigas y lo llevó a correr riesgos, lo cual muestra que, pese a todo, Cicerón no es un dios sino un mortal. De todas formas, no es necesario forzar demasiado el discurso para afirmar que Cicerón se encuentra subordinado al poder divino pero, al mismo tiempo, él es superior en sus virtudes y capacidades respecto de los demás hombres de Roma. Y no es para despreciar el hecho de que, además, cuenta con el apoyo de los dioses, cuestión nada despreciable para los ciudadanos contemporáneos a él.

Roma ha hablado, la cuestión ha terminado

San Agustín

Religión, mito y Estado

Abordamos aquí la relación entre religión, mito –en forma de *usurpation* (21)– y Estado. El uso que se hizo en los discursos totalitarios de la religión (o sistemas de creencias) insinúa la sensible importancia que la misma posee como elemento constitutivo de este tipo de discurso político.

El uso de tópicos religiosos por parte del líder tiene por finalidad dar la impresión de que aquello que se dice, el contenido del discurso, se encuentra asociado a una práctica legitimada (22), tradicionalmente avalada. Al mismo tiempo, el discurso que recurre a la religión (en tanto legitimadora de la acción actual respecto de un pasado de tiempos míticos) lo hace en un sentido conservador, que permite establecer un culto del presente respecto de ese pasado mítico (23). Como explica Mircea Eliade (24), los sistemas totalitarios se apoyan en la mitología de un pasado glorioso y en la presentación de un presente catastrófico, un presente en el que aún persiste el legado del pasado, pero este está a punto de perderse. Es por ello que es necesaria la conducción del líder para salvar aquello que es *nuestro* y que está a punto de desaparecer. Por esto, dice Adorno, “no es accidental que todos los agitadores fascistas hagan hincapié en la inminencia de catástrofes de alguna clase” (25). Teniendo en cuenta el recurso del desastre inminente, no es extraña la lectura que se hace de la historia en la perspectiva de autores como Wilamowitz cuando alertaba sobre la decadencia y posible desaparición de la cultura alemana ya que “una civilización puede morir, puesto que ya ha muerto una”, en referencia a la caída de Roma (26).

Así contextualizado, el presente requiere de acciones precisas que hagan justicia a la estirpe que nos ha legado lo que somos y de la cual, en tanto herederos, somos deudores. Al tiempo que sabemos que considerarse romano era algo *natural* para algunos alemanes en la década del treinta, cuando afirmaban que “nosotros los alemanes somos romanos, aunque germanos (27), recordamos que también Cicerón hacía referencia a la estirpe que los había precedido y a quienes habían garantizado la seguridad de Italia y de todos los aliados del imperio. Este pasado al que se hacía referencia era inmediatamente contrapuesto a un presente en el que toda la tradición estaba en peligro, ya que: “la guerra de ahora –la más encarnizada y cruel de todos los tiempos–...” (C. III, 25) ponía en peligro todo, hasta aquello que los antepasados y hasta los mismos dioses les habían legado.

El tópico que vincula al líder excepcional con una oratoria que tiende a generar oyentes sin filtros, que nadan en la corriente de las palabras, ligado a un presente apocalíptico, tiene como principal consecuencia preparar a los oyentes para asumir una de las dos únicas posibilidades que tal planteo admite como desenlace: ser víctimas o verdugos de una contemporaneidad que se ha desviado del camino correcto. El ideal del discurso totalitario es llegar a que las masas experimenten “el autoconvencimiento de lo ineludible del juramento (28): eso o la nada, ellos o nosotros. Así, el discurso se enuncia como el último bastión entre la armonía y la restitución de los valores o la destrucción total de todo y todos.

La relación central que se busca establecer por medio de la utilización del pasado mítico por parte de este tipo de discursos radica en la posibilidad de igualar aspectos del presente con elementos del lugar donde se originó aquel resplandor original, ese paraíso perdido del que todos somos herederos. La búsqueda se produce por la necesidad de que mito y realidad se confundan o, al decir de J. Stem (29), que “el mito y la realidad no hagan más que uno” a la vista de los receptores del discurso. Existen registros, por ejemplo, sobre la persistencia que tuvo durante siglos el relato según el cual los romanos se adjudicaban ser herederos de Grecia o *fugitivos de Troya* (30). Esta tradición fue, a su vez, heredada por diversos pueblos que tomaron como origen a la república romana y así apelaron a cierto grado de parentesco con Roma. Esta apropiación, que Bobbio llamó *prejuicio de la continuidad*, recorrió hasta el siglo pasado un largo camino que incluye una extensa

tradición en el período de la Antigüedad tardía y el Medioevo, cuando diversos pueblos intentaron erigirse como herederos de Roma ante la desaparición del “hermano mayor”.

Desde el punto de vista del análisis político, no se trata simplemente de justificar acciones presentes recurriendo a un pasado que las legitima, sino que, además, es ese pasado el que establece la causa del propio discurso. Es decir, que todo discurso que proclama un pasado glorioso tiende a establecer la idea de la unidad del grupo, el sentido de pertenencia, lo que separa el *nosotros* del *ellos*. Adorno llama a esta construcción *la estratagema de la unidad* (31), y explica que basta establecer esa sensación de pertenencia para que el grupo ya se perciba como superior a aquello que se encuentra por fuera de este. Así, por ejemplo, la leyenda: “¿Cumples tu deber superior con relación a tu pueblo? Si lo haces, eres nuestro hermano. Si no, eres nuestro enemigo mortal” (32) refleja perfectamente el sentido buscado con la simplificación del problema estableciendo una polarización entre unos y otros. Así encontramos aquello que nos hace iguales y que nos une, a la vez que podemos establecer, en términos de la dicotomía política amigo-enemigo de Carl Schmitt, quiénes son nuestros enemigos. Así se constituye en enemigo todo aquel que esté en contra de aquello que nos dio origen y nos hermanó. Más aún, podemos pensar en el enemigo como todo aquel que no esté de acuerdo con la opinión dominante o hegemónica en un momento histórico dado.

El “afuera”, entonces, es lo peligroso. Lo distinto a nosotros es lo que permite establecer el uso de un lenguaje próximo al de la anatomía patológica. Así encontramos expresiones que podrían confundirse con cualquier discurso de los llamados totalitarios como “esta enfermedad que sufre la república” (C. I, 31). También del caso en el que se afirma que “a lo que pueda aplicársele algún remedio, se lo aplicaré a cualquier costa; lo que deba extirparse no soportaré que continúe para ruina de la ciudad” (C. II, 11). Así, la ciudad, para Cicerón, *vomita* a quienes la enferman (C. II, 2), y no faltan ejemplos que no difieren en gran medida del discurso sobre la enfermedad que representaban, para el pensamiento nazi, el judío, el homosexual, el discapacitado o el comunista.

Los resultados eran inevitables.

Hitler

Conclusiones

Respecto al trabajo realizado por Adorno, es pertinente decir que no abarca la Antigüedad clásica: su objeto de estudio estaba conformado por el nazismo y el fascismo y no se trataba de un análisis comparado o una “arqueología” del totalitarismo. Por esto mismo es admirable la lucidez del pensador al dejar, en su obra, indicios sobre la necesidad de abordar específicamente los aspectos que constituyen a un discurso autoritario y lo diferencian, por ende, del discurso político en sentido amplio. Creemos que es un gran aporte que distingue a nuestro pensador de todos sus predecesores quienes afirmaban que dichas características eran concluyentes para la determinación de la cuestión que buscaba dirimir *qué* hacía que un discurso fuese totalitario.

A nuestro entender es claro que las características y recursos expuestos son, al menos, compartidos con una forma política que no posee ninguna conexión con lo que se ha denominado y aún denominamos como totalitarismo. La comparación realizada no deja lugar a dudas respecto a que los elementos, estrategias y herramientas utilizadas por el discurso fascista son los mismos que los utilizados en la Roma tardo republicana.

Cabría preguntarse si, como dice Adorno, el hecho de que las metas objetivas del totalitarismo sean irracionales resulta realmente un hecho privativo del discurso nazifascista. Queda planteada, para un trabajo futuro, nuestra hipótesis: que dicha irracionalidad no es algo excluyente de los regímenes totalitarios y es posible encontrar ejemplos bajo diferentes regímenes políticos a lo largo de la historia occidental.

A modo de simple propuesta, queremos decir aquí que se debería contemplar la posibilidad de que no exista una distinción intrínseca entre el discurso político, entendido en sentido amplio, y el discurso totalitario. Con “distinción intrínseca” queremos decir características propias del discurso y la propaganda totalitaria que no contemplarían, por ejemplo, variables tales como la capacidad de decisión de la masa y la viabilidad de la aplicación de dicha decisión o la integridad física de la masa. Si bien, podemos señalar, que las características discursivas de Hitler y de Cicerón son las mismas es evidente que los regímenes que ellos han liberado no son comparables, entonces ¿dónde radica la diferencia? Creemos que la respuesta tentativa puede contener dos componentes: en el caso más obvio se trata del exterminio físico del enemigo. En el otro caso, que la diferencia puede radicar en el poder de decisión de la masa y del líder: en el caso de Cicerón, él busca y *debe* convencer al pueblo para que su causa siga su curso. El pueblo posee poder político y puede decidir el destino de la causa y del líder mismo. En el caso alemán, la totalidad del poder político encarna en la figura del Führer y el poder político de la masa es nulo en tanto no posee representación ni interviene políticamente de las decisiones o, al menos, en las negociaciones.

Se trataría, entonces, de considerar los estudios realizados sobre la personalidad autoritaria, la propaganda fascista y la psicología aplicada por estos regímenes pero comparadas con otras formas de discursos políticos, a la vez que se debería centrar parte de la atención en el análisis de la dinámica líder-masa, así también como en la capacidad de decisión de la masa sobre los asuntos de Estado. Toda otra forma de análisis no dejará de ser un análisis parcial, por ende incompleto, del discurso político.

Notas

(1) Cánfora, *Ideologías de los estudios clásicos* p. 76.

(2) La democracia, de clara procedencia griega, también explica parte de la condena que sufrió lo griego respecto a lo romano durante el fascismo.

(3) El carácter republicano del pensamiento ciceroniano es indudable, *De republicae* y *Philippicae* son algunas de las obras más representativas de su pensamiento político. También la crítica concuerda con el hecho de situar a Cicerón como un pensador y político netamente republicano. Sobre el carácter republicano de Cicerón ver Grimal, Millar y May citado en la bibliografía.

(4) Adorno, Antisemitismo y propaganda fascista en *Escritos sociológicos I*, p. 370.

(5) *Ibid.*, p. 369.

(6) Adorno, *Minima Moralia*, fr. 71.

(7) T. Adorno, La teoría freudiana y el modelo de la propaganda fascista en *Escritos sociológicos I* p. 401. Creemos que se trata de una afirmación polémica ya que, la enumeración y discusión de contraejemplos (regímenes no totalitarios cuyos objetivos contradigan los intereses de aquellos a los que busca abarcar) sería pertinente llevarla a cabo mientras que Adorno se limita exclusivamente al discurso totalitario sin contemplar otras posibilidades históricas. Se podría, incluso, argumentar que Cicerón atenta contra las instituciones propias del derecho romano y la República en el procedimiento que termina con la vida de Catilina, lo cual pone sobre el tapete la cuestión del “estado de excepción” que claramente excede la intención del presente trabajo.

(8) Robert W. Cape, Jr., “Cicero’s consular speeches” en *Brill’s companion to Cicero. Oratory and rethoric*, p. 141.

(9) Utilizamos para citas y referencias la letra C. para referirnos *In Catilinam*.

- (10) Algunos ejemplos que pueden citarse son: C. I, 22; C. III, 25; C. IV, 4.
- (11) Sobre los elementos emocionales del discurso ver de Aristóteles, *Retórica*, I y II.
- (12) Discurso brindado por Hitler en el Nationalklub de Hamburgo en 1926.
- (13) Cánfora trata específicamente la relación "Führer-Masse" y explica que por medio de dicha relación se puede tomar el mando siempre y cuando sea posible "entrar en una relación orgánica con la aspiración del ideal común". Óp. cit., p. 138.
- (14) Sobre la personificación del discurso, ver infra.
- (15) Antisemitismo y propaganda fascista en *Escritos sociológicos I*, p. 374
- (16) Gotoff, *Oratory: the art of illusion*, p. 289.
- (17) Hitler, *Mein Kampf*, D527, f. 469.
- (18) Adorno, Antisemitismo y propaganda fascista en *Escritos sociológicos I*, p. 373.
- (19) El hecho de que realmente no pueda ordenar el asesinato de otro ciudadano romano, pero que enuncie esa potestad, refuerza el sentido de lo dicho hasta aquí respecto al uso del discurso político por parte de Cicerón. Según el derecho romano, Catilina puede ser asesinado si deviene en *inimicus rei publicae*, puesto que pierde su condición de *civis* o ciudadano. Cicerón asume la responsabilidad de condenar a muerte a Catilina, luego de pronunciar los cuatro discursos en su contra, sin respetar las instituciones y los procesos legales romanos. Dicho proceso le valió el exilio y el alejamiento de los cargos políticos.
- (20) Salustio, quien al momento en el que se produce la conspiración era oponente político de Cicerón, escribe su propia versión de los hechos. Allí se refrendan las palabras expuestas por el cónsul. Ver Salustio, *Conjuración de Catilina*: 17-3, 23-4, 28-1 y 29-1.
- (21) El término refiere a la apropiación y resignificación de un mito en beneficio del enunciador.
- (22) Adorno, Antisemitismo y propaganda fascista, *Escritos sociológicos I*, p.377.
- (23) En este sentido resulta oportuno destacar los escenarios y las "puestas en escena" que tanto Cicerón como Hitler podían montar al momento de brindar sus discursos. Así, por ejemplo, el tercer discurso brindado por Cicerón ocurre ante el pueblo delante del templo a Júpiter (a quien nombra en dicho discurso) y que poseía una alta carga simbólica para los habitantes de Roma. Respecto al mismo aspecto en Hitler resulta interesante el análisis realizado por Éric Michaud en su obra *La estética nazi* citado en la bibliografía.
- (24) Si bien el concepto está presente a lo largo de toda la obra de Eliade, es principalmente en *Aspectos del mito* donde podemos encontrar dicha relación.
- (25) Adorno, Antisemitismo y propaganda fascista, *Escritos sociológicos I*, p. 379.
- (26) Wilamowitz Citado por L. Cánfora, *Ideologías de los estudios clásicos* p. 205.
- (27) Rhenanus citado en M. Foucault, *Genealogía del racismo*, p. 99.
- (28) Cánfora, *Ideologías de los estudios clásicos*, p. 65.
- (29) Hitler. *Le führer et le peuple* p. 65 Citado por Éric Michaud, *La estética nazi. Un arte de la eternidad*, p. 67.
- (30) Foucault, *Genealogía del racismo*, pp. 67 y 98.
- (31) Adorno, La teoría freudiana y el modelo de la propaganda fascista en *Escritos sociológicos I*, p. 397.
- (32) Leyenda correspondiente a una de las seis postales que circularon en la década de 1930 en Alemania y pertenecen a parte de la producción fotográfica de Heinrich Hoffman. German Propaganda Archive: <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/>

Bibliografía

- ADORNO, Theodor, *Ensayos sobre la propaganda fascista*, Buenos Aires: Paradiso, 2005.
- ADORNO, Theodor, *Obra Completa 4: Mínima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, Madrid: Akal, 2006.
- ADORNO, Theodor, *Obra Completa 8: Escritos sociológicos I*, Madrid: Akal, 2004.
- ADORNO, Theodor, *Obra Completa 9/1: Escritos sociológicos II, Vol I*, Madrid: Akal, 2009.
- BRUNT, P. A., *Conflictos sociales en la república romana*, Buenos Aires: EUDEBA, s/f.
- CÁNFORA, Luciano, *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid: Akal, 1991.
- CICERÓN, Marco T., "En contra de Lucio Sergio Catalina" en *Discursos III*, Madrid: Gredos, 2000.
- CICERÓN, Marco T., "Filípicas" en *Discursos IV*, Madrid: Gredos, 2007.
- CICERÓN, Marco T., *Sobre la república*, Madrid: Gredos/ Planeta DeAgostini, 1998.
- DOMENACH, Jean M., *La propaganda política*, Buenos Aires: EUDEBA, 1963.

GRIMAL, Pierre, *La formación del imperio romano*. Historia Universal Siglo XXI T.7: México: Siglo XXI, 2005.

ELIADE, Mircea, *Aspectos del mito*, Barcelona: Paidós, 2000.

FOUCAULT, Michel, *Genealogía del racismo*, Buenos Aires: Altamira, 1996.

FOUCAULT, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú y otros ensayos. Obras Completas. Vol. 9*, Buenos Aires: Orbis Hyspanamérica, 1993.

GOTOFF, Harold, *Oratory: the art of illusion*, Harvard Studies in Classical Philology 95 p. 289-313, Harvard, 1993.

HITLER, Adolf, *Obras completas I. S/e*.

LACLAU, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

LAZARFELD, Merton y otros, *La comunicación de las masas*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.

MAY, James, *Brill's companion to Cicero. Oratory and rhetoric*, Leiden: Brill, 2002.

MICHAUD, Éric, *La estética nazi. Un arte de la eternidad*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2009.

MILLAR, Fergus, *El imperio romano y sus pueblos limítrofes*. Historia Universal Siglo XXI T.8: México: Siglo XXI, 2007.

NICOLET, Claude, "El ciudadano y el político" en Andrea Giardina y otros, *El hombre romano*, Madrid: Alianza, 2002.

SALUSTIO, Gayo, *Conjuración de Catilina*, Madrid: Gredos, 2000.

SCHMITT, Carl, *Concepto de la política*, Buenos Aires: Struhart, 1984.

WIRSZUBSKI, Ch., *Libertas as a political idea at Rome during the late Republic and early principate*, Cambridge, 1968.